

## OPUSCULUM CUARTO, O SERMON EN LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR. (C,G)

El misterio de la divina encarnación y el sacramento insigne de nuestra memoria se celebra y venera anualmente por nosotros para que la conmemoración de tan gran beneficio, que nos fue otorgado a nosotros, indignos, lo muestre, y nos recuerde lo que debemos a tan gran gloria. Por lo tanto, hermanos, cuanto más hemos oído que el Señor Jesucristo se humilló misericordiosamente por nosotros, tanto más reconozcamos su gloria inefable, en la cual el unigénito de Dios mostró claramente su amor insuperable hacia nosotros, en la cual asumió por nosotros la humildad de la verdadera carne y de la verdadera muerte, no obligado por necesidad sino por bondad. ¿Qué bien habíamos hecho, hermanos, para que se nos otorgara tan gran beneficio? ¿Cuáles fueron nuestros méritos para que el unigénito de Dios se dignara hacerse hombre, para que el Altísimo fuera inmolado, para que el pan inagotable de los ángeles fuera amamantado por pechos femeninos, para que el rey de los siglos fuera objeto de afrentas, para que la vida eterna se dignara morir con la mayor paciencia? Considera, pues, hombre, la dignación de tanta benignidad, para que humildemente pagues la acción de gracias. Sepas, sin embargo, que no devuelves honor, sino afrenta a la gracia divina si comienzas a dudar de la magnitud de tan gran beneficio; más bien, creamos sin ninguna vacilación que todo lo que hemos oído sobre la humildad y humanidad del Señor Salvador es verdadero. Y por eso, hermanos, demos más gracias, ya que cuando merecíamos el castigo, recibimos la gracia, por la cual se hizo que, mientras la muerte era debida a los perdidos, la vida fuera dada gratuitamente a los indignos. La humildad del Altísimo Salvador no le causó ningún detrimento, sino que nos otorgó un gran incremento, no rebajó al excelso, sino que elevó a los abatidos; para que el Hijo de Dios realizara plenamente la obra de nuestra redención, no solo se dignó nacer naturalmente de la carne de la Virgen según la verdad de la carne, y el Dios creador del hombre hacerse verdadero hombre de hombre, sino también ser envuelto en pañales en un pesebre muy estrecho, ser llevado en brazos por manos humanas. ¡Oh gloriosa benignidad del clementísimo Dios, oh excelsa humildad del altísimo Dios! Aquel que era nutrido como un infante por su madre, creó a su madre siendo inmenso; él mismo era llevado al templo por sus padres como un niño pequeño, quien siendo un gran Dios era rogado en el mismo templo por hombres santos; y el mismo mandó ofrecer sacrificio por él, quien sin pecado había venido a ser inmolado por nuestras impiedades. Considera, pues, hombre, lo que debes a tu excelso Creador, a tu humillado Redentor. Sin embargo, carísimos, la integridad de la fe cristiana siempre ha acostumbrado a mantener que si leemos o escuchamos que algo fue hecho por Cristo según la narración canónica de los evangelistas, primero creamos sin duda que la historia es verdadera, y luego busquemos también en la verdad histórica una inteligencia espiritual. Pues cuando se cree que la historia del texto divino es verdadera, el maniqueo se confunde en su severidad, ya que al no creer en la verdad de la carne en Cristo, el Hijo de Dios, intenta imponer a las escrituras santas, tanto antiguas como nuevas, el crimen de falsedad. Pues cuando el miserable execraba la historia divina del Antiguo Testamento, en el Nuevo Testamento se niega a sí mismo la medicina. No quiere creer que la carne humana fue plasmada por Dios, ni que la circuncisión de la carne fue ordenada por nuestro Dios a los santos padres, ni que la víctima de las carnes de los animales fue inmolada al Dios vivo y verdadero en tiempos antiguos, ni que el sábado fue guardado por mandato y voluntad de Dios, ni que el templo del Señor fue construido por mandato de Dios; y así, al no discernir la calidad de los tiempos en las escrituras santas, desprecia y menosprecia la saludable verdad de la Encarnación del Señor. Por lo tanto, para que el maniqueo sea vencido por una razón muy evidente, y ojalá convertido, defendamos la verdad del Antiguo Testamento a partir de la lectura evangélica de hoy, para que de esto comprobemos manifiestamente que el Dios del Antiguo y del Nuevo es uno. He aquí que, narrando el santo evangelista, hemos conocido a Cristo, el Hijo de Dios, nacido como

verdadero hombre, a Cristo, el Hijo de Dios, verdaderamente circuncidado, y que por Cristo, el Hijo de Dios, se ofreció un sacrificio de carnes según la costumbre de la institución divina de entonces, ya sea que la circuncisión de la carne o la regla de los sacrificios carnales se conozca como instituida en el Antiguo Testamento. ¿Por qué, entonces, carísimos, no se ha de creer justamente en el Antiguo Testamento, ya que el hombre fue plasmado por las manos de Dios, cuando en el Nuevo Testamento el mismo unigénito de Dios se hizo verdadero hombre por nosotros para que el hombre no pereciera eternamente? ¿Por qué no se ha de creer que Dios también ordenó que se hiciera la circuncisión de la carne en un tiempo adecuado para significar algo, cuando el Hijo de Dios la hizo celebrar en su cuerpo? ¿Por qué no habría de ordenar nuestro Dios en tiempos pasados al pueblo judío ofrecer víctimas típicas de carne, cuando el mismo Dios unigénito, nacido temporalmente de los judíos, se dignó inmolarse a sí mismo por nuestros pecados según la carne? Que el maniqueo atienda, pues, la verdad manifiesta y concordante de ambos testamentos, y convertido, rechace su vanidad. Que vea en el Antiguo Testamento la significación de lo futuro, en el Nuevo la revelación de lo pasado; a Cristo, Dios de ambos Testamentos, en el Antiguo Testamento prometiendo lo que habría de exhibir, en el Nuevo exhibiendo lo que había prometido, ni mentiroso en la promesa, ni engañoso en la donación, sino bueno en todas partes, justo en todas partes, santo en todas partes, poderoso en todas partes, clemente en todas partes. En el Antiguo Testamento, el potentísimo Creador de la carne y del alma humana; en el Nuevo, el clementísimo receptor de la misma carne y alma, como si primero fuera el hacedor de la carne y el alma, y después el salvador de la carne y el alma. Que el maniqueo escuche, compare, reconozca y crea estas cosas, y creyendo, regrese a la Iglesia católica, en la cual encuentre el beneficio de la verdadera salvación. Por estas cosas que el Señor realizó en su cuerpo, no solo se dignó demostrar la concordia de ambos Testamentos, sino que también quiso informar saludablemente las costumbres de los cristianos, para que lo que en él contemplamos corporalmente realizado para nuestra salvación, nosotros también lo imitemos espiritualmente. Por eso, Cristo nació como un niño en la tierra, para que el cristiano aprenda la humildad; por esto también estaba sujeto a los padres de su carne, para que todo cristiano siempre exhiba honor a su padre y madre. Por eso, Cristo fue envuelto en humildes pañales, para que el cristiano no se distinga por vestiduras preciosas; por eso, Cristo quiso aparecer pobre en la tierra, para que los cristianos ricos aprendan a no amar las riquezas terrenales, sino que, distribuyendo limosnas a los pobres, puedan guardar sus riquezas en el cielo. Por la circuncisión que el Hijo de Dios recibió en la carne, mostró de antemano la circuncisión de nuestro corazón en el espíritu, la cual nos indica la palabra legal, diciendo Moisés: Circuncidad el prepucio de vuestro corazón, y circuncidaos al Señor vuestro Dios. A este precepto concuerda el bienaventurado apóstol Pablo diciendo: No es judío el que lo es exteriormente, ni es circuncisión la que se hace exteriormente en la carne, sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra, cuya alabanza no es de los hombres, sino de Dios. Por lo tanto, Cristo tuvo la circuncisión en el cuerpo, para que el cristiano la tenga espiritualmente en el corazón, por esto mismo aquel que no podía tener ningún pecado en absoluto dejó el prepucio de la carne, para que nosotros rechacemos los deseos depravados. Cristo, pues, fue llevado en brazos al templo, para que el cristiano ascienda al cielo con buenas obras. Cristo quiso ofrecer sacrificio por sí mismo para que el cristiano se ofrezca a sí mismo en el altar del Señor; sobre todo, apresúrese a ofrecerse a sí mismo a Dios viviendo bien, y procure presentarse como un sacrificio puro ante los ojos divinos; pues en el sacrificio ofrecido por Cristo, reconocemos que se nos indica un cierto sacrificio espiritual. Un par de tórtolas y dos pichones de paloma, dice. En este tipo de aves, carísimos hermanos, se nos encomienda un gran sacramento de la fe católica; en la paloma se reconoce la caridad, y en la tórtola se encuentra la castidad. La tórtola guarda una fe inmaculada a un solo esposo, la paloma no abandona la unidad de las que cohabitan. El

cristiano, pues, se convierte verdaderamente en una tórtola espiritual si conserva con firme creencia la verdadera fe en la Trinidad, y rechaza el sentido depravado de la herejía como las manchas de la fornicación. Será verdaderamente una paloma si permanece con longanimidad hasta el fin en la sociedad católica, y resiste con firmeza inamovible contra los escándalos de la tentación, para que ni la fornicación herética corrompa en su corazón la castidad de la fe, ni la amarga disensión disipe la unidad de la caridad eclesiástica; esta es la Iglesia católica, que guarda la fe a un solo Dios como a un legítimo esposo, y multiplica la congregación de muchos en la caridad. En esta tórtola y paloma, carísimos hermanos, permanezcan diligentemente, guarden esta caridad entre todos ustedes para que ni el arriano la viole, ni el donatista la pisotee, ni el maniqueo la manche: estos, como malos halcones, desean dispersar la unidad de la paloma y violar la castidad de la tórtola. Pues el maniqueo no cree en la verdadera carne de Cristo; el arriano disminuye la verdadera divinidad en él, el donatista disipa la unidad del cuerpo católico. El maniqueo no ve el sacramento del Redentor, el arriano no considera la grandeza del Salvador, el donatista, como un lobo rapaz, no duda en dispersar el rebaño del buen pastor. Estos, pues, como dije, como malos halcones deseando matar a los miserables y ávidos de vanidad, o ignorantes de la verdad, persiguen la caridad de la paloma, execran la castidad de la tórtola, y a quienes pueden, o los devoran con la boca, o los desgarran con las garras, es decir, o los pervierten con palabras, o los atormentan con persecuciones. Ustedes, pues, carísimos hermanos, en la fe guarden la verdad católica, en la caridad mantengan la paz católica; pues aquel que guarda la caridad fraterna y el verdadero sacramento de la fe católica ofrece un sacrificio grato a Dios, donde se venera un solo Dios, una sola Trinidad, y ni el Padre es mayor que el Hijo, ni el Hijo es predicado menor que el Padre según la divinidad, ni se distingue de ellos la sustancia del Espíritu Santo, que con el Padre y el Hijo es naturalmente un solo Dios. Una es la potencia de la santa Trinidad, porque en tres personas permanece una sustancia natural; una es la potestad, porque una es la majestad, una es la dominación del Creador, porque una es la condición de la criatura; pues todo lo que el Padre creó, lo fabricó por el Hijo, y lo firmó en el Espíritu Santo, pero el Hijo nació del que engendra, el Espíritu Santo procede del que permanece, sin embargo, al nacer el Hijo no dividió al Padre, ni el Espíritu al proceder disminuyó a Dios, porque ni al adherirse aumenta, ni al nacer el Hijo fue disminuido, ni el Espíritu Santo al proceder fue separado, pues en sí misma permanece la bienaventurada Trinidad, porque allí permanece sustancialmente la unidad; y puesto que nada es creado en la divinidad de la Trinidad, por eso allí nada está separado. Estas cosas, carísimos hermanos, manténganlas fielmente, en ellas permanezcan continuamente. Que este sea el pensamiento en el corazón, esta la confesión en la boca. Mantengan la fe que recibieron en el nombre de la Trinidad, guarden la unidad del espíritu en el vínculo de la paz, para que puedan ser siempre tórtolas y palomas espiritualmente en la casa de Dios.